

Sur 19: reflexiones acerca del hacer de la investigación.

Aréchaga Ana Julia y Crego, Laura.

Cita:

Aréchaga Ana Julia y Crego, Laura (2013). *Sur 19: reflexiones acerca del hacer de la investigación*. X Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-038/600>

X Jornadas de sociología de la UBA.

20 años de pensar y repensar la sociología. Nuevos desafíos académicos, científicos y políticos para el siglo XXI 1 a 6 de Julio de 2013

Mesa n° 62 *Articulaciones entre teoría, metodologías y estrategias para el análisis de datos: Desafíos y complejidades en la práctica de de la investigación social.*

Título: “**Sur 19: reflexiones sobre el hacer de la investigación**”.

Autoras:

Aréchaga, Ana Julia. CICES –IdIHCS / (UNLP - CONICET). Doctoranda en Ciencias Sociales Cohorte 2010, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FaHCE). Mail: anajuliare@yahoo.com.ar

Crego, María Laura. CIMeCS- IdIHCS / (UNLP - CONICET). Lic. En Sociología, beca CIN. Mail: mlauracrego@gmail.com.

Introducción

El título de esta ponencia, Sur 19, responde a la línea de transporte urbano que nos trasladaba hasta el barrio donde radicamos nuestras respectivas investigaciones. Los aproximadamente 30 minutos de viaje de cada tramo, funcionaron como espacio de intercambio en el que compartíamos lo acontecido durante la jornada, nuestras incomodidades, angustias, dificultades, e información. Estas charlas dieron lugar a primeras reflexiones sobre los objetos/sujetos de estudio que se enriquecían con la puesta en común de las experiencias de cada una.

Es por esto que el objetivo de la presente ponencia es compartir una serie de reflexiones metodológicas surgidas al calor de numerosas discusiones, producto de las dificultades que se nos presentaron durante el trabajo de campo.

Es necesario explicitar que nuestras temáticas y trayectorias de investigación se encuentran en diferentes puntos: una aborda la problemática de la educación en contextos de pobreza con los fines de concluir su formación de

grado; la otra indaga sobre la construcción del cuerpo en mujeres de sectores populares, en el marco de su formación doctoral. Ambas investigaciones cuentan con un enfoque etnográfico (Guber 2011) y un recorte de clase. Además, formamos parte del Instituto de Investigación en Humanidades y Ciencias Sociales/ CONICET, de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata.

A pesar de las diferencias anteriormente expuestas, el ser becarias, el compartir la formación de grado, el espacio de investigación y de militancia, entre otras coincidencias, fueron sustentos de consensos que dieron lugar a un diálogo común que se materializa en el presente escrito.

Creemos que las reflexiones sobre el hacer de la investigación revisten una particular relevancia en tanto que nuestra propia experiencia en el territorio es una parte crucial de la construcción de los resultados. Esto nos convoca a explicitar dificultades y contradicciones con el fin de aportar a las discusiones sobre “la cocina de la investigación”.

Para estos fines retomamos el concepto de reflexividad que propone Guber (2011). La autora entiende que el investigador se convierte en el principal instrumento de investigación y producción de conocimientos. Es por ello que es necesaria una permanente reflexión en tres dimensiones: la reflexividad de la población que se estudia, la reflexividad del investigador en tanto producto social y la reflexividad del investigador en tanto investigador. En esta última dimensión la autora condensa dos sesgos propuestos por Bourdieu (2008) que son la posición que el analista ocupa en el campo académico (en el espacio objetivo de las posiciones intelectuales) y el sesgo intelectualista que nos induce a construir el mundo como espectáculo, a lo que llama epistemocentrismo (Bourdieu y Wacquant, 2008).

El trabajo contará con cuatro apartados que buscan recorrer estas reflexividades. Si bien son presentadas de manera esquemática, entendemos que se encuentran mutuamente implicadas, tal como se percibirá a lo largo del texto.

En la primera sección presentaremos el espacio de investigación, nuestro ingreso, la pertinencia del campo en función del sector social elegido, y nuestra relación con las “porteras”. En el segundo apartado hablaremos de nuestra

experiencia como investigadoras que nos llevó a una mirada crítica respecto del uso aprendido sobre las técnicas de recolección de datos, que hacen a nuestro *habitus* sociológico. En tercer lugar reflexionaremos acerca del hacer de la investigación en función de nuestras coordenadas sociales: ser mujeres, jóvenes, de clase media y blancas. Finalmente compartiremos algunas apreciaciones que los habitantes del barrio manifestaron sobre nosotras.

I- Construyendo el campo

Para comenzar debemos explicitar que ambas investigaciones toman como recorte socioeconómico a los sectores pobres y que utilizamos como estrategia de abordaje al barrio, porque consideramos que éste constituye parte de la identidad de los sujetos. Siguiendo a Merklen (1997, 2005) entendemos que el barrio, o el ámbito local, es un espacio relevante para el análisis de la configuración de sujetos en situación de pobreza. Esto se debe al proceso de territorialización de los sectores populares (Svampa 2006) consecuencia de un conjunto de procesos históricos del país como la desinstitucionalización, la flexibilización, la desafiliación y la fragmentación social. Estos procesos provocaron que las identidades ya no estén dadas solamente por el tipo de inserción laboral, sino también por “lo local”, por la forma en que se va configurando el espacio y los vínculos que se generan en el barrio, y el barrio en oposición “al afuera”.

Respondiendo a estas consideraciones seleccionamos un barrio de la ciudad de La Plata al que denominaremos Puente Viejo, que presenta hogares con NBI.

Nuestro primer contacto con el mismo respondió a la realización talleres de violencia de género con jóvenes. Como parte de nuestra actividad militante en el Colectivo Lanzallamas, fuimos convocadas a estos fines por un equipo de trabajo dependiente de la Dirección de Niñez de la Provincia de Bs. As., que sitúa su trabajo en el barrio. A partir de esta experiencia detectamos la pertinencia y posibilidad de radicar sendas investigaciones allí.

Puente Viejo se encuentra ubicado al sudeste de la ciudad saliendo de las principales avenidas que circunscriben la cuadrícula central de la misma. Los límites del barrio son definidos por sus habitantes (aunque con algunas

vaguedades en sus definiciones) de 24 a 30 (6 cuadras de largo) y de 85 u 86 a 90 (4 o 5 de ancho). A esta zona, en la cual hemos centrado el trabajo de campo, puede accederse por medio de una sola línea de micros, y a través de un sólo ramal. Como se mencionó, el tiempo aproximado que lleva realizar el viaje desde el centro de la ciudad es de 30 minutos.

En líneas generales no dispone de cloacas, hay algunas calles asfaltadas y otras no, hay un escaso alumbrado público, no hay agua corriente ni gas natural. Las condiciones estructurales van empeorando a medida que se llega el final del barrio (sobre la calle 89) donde las calles son de tierra, no hay zanjas, la iluminación es más deficitaria y, por ende, el acceso más dificultoso en vehículo.

El espacio específico de observación fue el que los vecinos denominan como “la canchita” que se encuentra localizada en el “fondo del barrio”, más allá sólo hay terrenos baldíos y sólo puede accederse por dos calles. Allí el trazado urbano se difumina, las calles son de tierra, pierden la numeración y hay pasadizos.

Alrededor de la cancha de fútbol se encuentran un comedor que funciona dentro de un tráiler, viviendas cuyas entradas están orientadas hacia la cancha, y también una iglesia evangelista. Esta zona fue habitada a partir del año 2000 por varias familias que se han asentado sobre tierras fiscales. Esta red de familias proviene de Misiones, Chaco, Paraguay y el conurbano bonaerense. En su mayoría están emparentadas, ya que los hijos e incluso las segundas generaciones (nietos y nietas), se han vinculado formando sus “propias familias” que también viven allí.

El vínculo con las porteras

Como anteriormente expusimos nuestra llegada al barrio se dio, en primera instancia, con la realización de talleres sobre violencia de género. Una vez que estos finalizaron, manifestamos nuestro interés, a las encargadas de llevar adelante el “Espacio de recreación”¹, de poder participar con el fin de anclar nuestras investigaciones allí.

¹Este espacio forma parte del programa Barrio Adentro dependiente de la Secretaria de Niñez y Adolescencia de la Prov. de Bs As. El mismo es llevado adelante sobre todo por tres personas de

Siguiendo a Hammersley y Atkinson (1994) consideramos que la presencia física, en relación al acceso, no representa un problema, es la actividad de investigación la que sí puede serlo. Si bien nuestro espacio de observación era público, la “canchita del barrio”, el momento no lo era y debíamos obtener autorización para permanecer allí. Aquellas personas que antes nos habían convocado ahora se convertían en *porteras* y precisamente a partir de que expusimos nuestro deseo de investigar nuestra presencia se topó con nuevas dificultades.

Entendemos por *porteros* a los responsables de los espacios donde se realizará la observación participante cuya autorización es necesaria para poder localizar la investigación allí, ya que tienen el poder de habilitar o bloquear contactos y posibles vinculaciones (Taylor y Bogman 2008). En nuestro caso la negociación con las *porteras* fue compleja y conllevó tensiones según las etapas de nuestros procesos de investigación, al punto de la expulsión del espacio.

En un primer momento la dificultad radicó en el cambio de rol, nuestra presencia y nueva presentación como investigadoras y no ya como pertenecientes al colectivo Lanzallamas. Esto se reflejó, por ejemplo, en que reiteradamente se nos seguía nombrando como “las chicas de lanzallamas” y una y otra vez tuvimos que dejar en claro nuestras intenciones de investigar. A su vez se nos solicitaba compartir nuestros proyectos de investigación y resultados preliminares de manera articulada con los objetivos del espacio.

En segundo lugar, se nos demandó una participación activa: formar parte de las reuniones organizativas, planificar talleres, buscar recursos, coordinar talleres, participar de las actividades durante recreación, relevar información a los fines del espacio. Esto contribuyó por un lado, a tener que dedicar gran cantidad de tiempo a tareas que nos excedían. Por otro, favoreció a que se nos asociara al equipo de trabajo del espacio y, con ello, a ser agentes del Estado desdibujándose, ante la población, nuestro rol de investigadoras.

diferentes formaciones profesionales, una de las cuales es reconocida como referente para los niños y madres del barrio (es a ella a quien se recurre frente emergencias y demandas varias, y es ella la encargada de gestionar diferentes recursos). El primer objetivo del espacio fue detectar problemáticas familiares a partir del trabajo con los niños. Los encuentros se realizan semanalmente en “la canchita” con los niños del barrio y con la colaboración de algunas madres.

En tercer lugar, tuvimos que negociar las formas en que realizaríamos nuestra investigación: las porterías manifestaron disconformidad con ciertas prácticas de investigación de la universidad a las que se nos asociaba. A pesar de que más de una vez sostuvimos discusiones justificando y argumentando nuestra forma de trabajo, lo anterior se tradujo en la no autorización para realizar entrevistas en la franja horaria del espacio de recreación, aunque fuera en cualquier otra parte del barrio. También se nos pedía cierta claridad en nuestras preguntas de estudio, exigencia que no siempre se condice con los tiempos propios de una investigación abierta a reformular las preguntas a luz del trabajo de campo.

Vale la pena aclarar que estas demandas, a las cuáles accedíamos, se realizaron en diferentes momentos durante los casi dos años de participación e incluyeron diversos argumentos que entraban en contradicción. Por ejemplo, se nos decía que no estaban de acuerdo con la realización de entrevistas (por el “rasgo utilitario” que suponía para ellas) pero que sí podíamos pensar en observaciones porque implicaban un “menor grado de exposición” de nuestros sujetos de estudio; al mismo tiempo que nos pedían que declaráramos nuestros objetivos a la población, nos decían que la observación se podía hacer de “modo discreto”.

En respuesta a estas demandas nuestra estrategia consistió en acceder a estos requerimientos, suponiendo que el tiempo compartido iba a desandar ciertos prejuicios sobre la práctica de investigación, y específicamente sobre nosotras como “agentes extractivas de información”, que posibilitaría la negociación en otros términos. Sin embargo, cuando fortalecimos la necesidad de profundizar el trabajo de campo, nos encontramos envueltas en las mismas discusiones que desembocaron en nuestra expulsión del espacio. Concretamente, se nos dijo a fines del año pasado que era incompatible realizar entrevistas (en cualquier momento y lugar del barrio) y participar del espacio de recreación simultáneamente.

Entendemos que parte de estas dificultades se debieron a que las porterías, como trabajadoras del estado, no deseaban quedar ligadas a prácticas “universitarias” con el fin de salvaguardar su imagen y lugar (Taylor y Bogdan 1987) prejuzgando que nuestra actividad como investigadoras generaría desconfianza y descontento en la población.

Como contracara de estas complejidades, y vinculado también al lugar y trayectoria de las porteras en el barrio, es que pudimos acceder a numerosa información (conocimiento sobre las familias, modo de vida, relaciones entre vecinos, problemáticas diversas de la población, relaciones con las instituciones, circuitos barriales) y gozar de cierta legitimidad para transitar por el barrio que derivaba de nuestra participación en el espacio. Por otra parte, las limitaciones al uso de ciertas técnicas como la entrevista, fomentó cierta flexibilidad y creatividad a la hora de la recolección de información que nos impulsó a tomar otra posición en el campo.

En síntesis, el vínculo con las porteras habilitó y obturó nuestra tarea, volviéndose una dimensión muy importante a tener en cuenta a la hora de construir los resultados de nuestras investigaciones. El encuentro entre nuestras reflexividades y las de las porteras se hacía evidente en la tensión y cuestionamiento constante que hicieron que se nos volviera permanente la reflexión respecto del hacer de la investigación, la forma en que se construyen los datos, los elementos más adecuados para la recolección de información y el poder que invisten las relaciones de investigación. Este diálogo nos llevaba al “*trabajo de objetivación del sujeto objetivante*” (Bourdieu y Wacquant, 2008: 69).

II- Nosotras, el campo y las técnicas.

En este apartado nos proponemos describir el recorrido de nuestra experiencia en el campo como investigadoras que implicó una revisión constante de las estrategias de investigación, su pertinencia y relación.

El trabajo de campo se desarrolló entre mayo del 2010 y diciembre de 2012, período durante el cual se realizaron las observaciones y entrevistas en profundidad (Marradi, Archenti y Piovani, 2007). Si bien utilizamos el tiempo verbal en pretérito, es pertinente aclarar que las investigaciones se encuentran todavía en curso, así como nuestras visitas al barrio.

La actividad de recreación consistía en hacer un recorrido por el barrio para ir a buscar a los niños, tarea que demandaba al menos media hora y que nos ponía en contacto con las familias, principalmente las madres y hermanas mayores. Una vez reunidos en “la canchita” se destinaba la mayor parte del tiempo a

juegos, actividades plásticas y deportivas. Por último, se servía la merienda y se acompañaba a los niños de regreso a sus casas. En las planificaciones del espacio nuestra participación se circunscribía a colaborar en la mesa de plástica y “tareas flotantes” (relevamiento de DNI, datos de escolaridad, atención a las adolescentes, organización de eventos puntuales, etc). Sin embargo, la dinámica propia de los encuentros nos permitía ciertos grados de libertad que posibilitaban nuestra circulación por el espacio y el establecimiento de contactos e intercambios con nuestras poblaciones de interés.

La participación en el campo nos hizo poner en práctica la flexibilidad que todo diseño cualitativo supone (Marradi, Archenti y Piovani, 2007) y conllevó la toma de diversas decisiones que se exponen a continuación que no suponen una linealidad en el tiempo sino que su orden de presentación responde a fines expositivos.

Como se mencionó con anterioridad, la relación con las *porteras* nos forzó a relegar la ansiedad por realizar entrevistas, en pos de agudizar la observación, buscar conversaciones informales y atender a los temas que surgían espontáneamente.

Frente a la frustración inicial de no poder avanzar en la realización de *entrevistas de apertura* (Guber, 2011) realizamos una revisión de las primeras notas de campo², para evaluar la información que habíamos obtenido hasta el momento y a partir de ello, dimos cuenta del valor de las mismas como fuente de información. La relectura de estas notas permitió una planificación tentativa de la observación: temas que serían explorados, informantes a los cuales atender, problemáticas, elementos y actividades específicos a observar. Como consecuencia nuestra mirada se volvió más aguda y el registro más exhaustivo. A medida que avanzaba nuestra participación en el espacio y atendiendo a los tiempos de las actividades como becarias, persistimos en los intentos de realizar entrevistas, pero nos encontramos con diversas dificultades que también nos aportaron a la caracterización de los sujetos/objetos de estudio.

² De las distintas formas de registro (grabación, registro in situ o a posteriori) presentadas por Guber (2011) se optó por la reconstrucción a posteriori de lo ocurrido en el campo. Esta consiste en registrar por escrito lo ocurrido una vez que el investigador ya se ha retirado del campo. Si bien esta modalidad tiene algunas dificultades que atañen principalmente a la memoria, se lo consideró como el más apropiado, respondiendo además a la reactividad encontrada en relación a la grabación- y el que permite una participación más abierta y distendida por parte del investigador así como del resto de la población.

En el caso del trabajo con los jóvenes, se negaron a dar entrevistas a pesar de que fueron presentadas como charlas acerca del tema de interés –la experiencia escolar-. Aquellos jóvenes que accedieron a responder autorizaron, en todos los casos, ser grabados aunque manifestando, a través de risas y de miradas constantes al grabador, cierta incomodidad con ello. Las respuestas tendían a ser monosilábicas, o con un escaso desarrollo que no permitían dar cuenta de las nociones que tenían sobre el tema de estudio.

Cabe señalar que las entrevistas fueron realizadas en diferentes espacios circundantes a “la canchita”. Esto nos llevó a interpretar que mientras el lugar no parece haber condicionado/inhibido las respuestas de los jóvenes, sí parece haberlo hecho el grabador ya que esos mismos jóvenes en situaciones informales contestaban preguntas, proponían el tema espontáneamente e intercambiaban opiniones. Pareciera que el grabador funcionaba como una objetivación del “estar siendo entrevistados/estudiados” que incomodaba tanto a aquellos que se negaron como, evidentemente, a quienes accedieron a realizar la entrevista.

Por su parte, en el trabajo con las mujeres adultas se les proponía pautar un momento en el que ellas pudieran realizar la entrevista, presentada como una charla sobre una temática específica, donde se les aseguraba la confidencialidad de la misma. En reiteradas oportunidades se negaron y en los casos en que accedieron, algunas veces rechazaron el uso del grabador, mientras que en otras ocasiones se acabó desarrollando charlas grupales.

Las entrevistas fueron realizadas, en todos los casos, en el interior de los hogares. Esto implicaba la presencia de, por lo menos, más de una persona respondiendo, y de muchos niños circulando. También, la situación idílica de entrevista (estar sentados alrededor de una mesa, concentrados en la conversación) difícilmente sucedía ya que constantemente se realizaban diversas tareas, las cuáles la investigadora acompañaba: lavar el piso, doblar ropa, barrer, juntar basura, etc. Asimismo las interrupciones atentaban constantemente con el desarrollo de la conversación, y con el hilo conductor de la misma, dificultando el ejercicio de las repreguntas y la posibilidad de profundizar sobre algún tema de interés (fuera este anteriormente pensado o que surgiera espontáneamente). Las entrevistas duraban aproximadamente dos horas, tiempo del cual sólo una pequeña proporción era destinado a la

problemática de estudio –las nociones y prácticas sobre el cuerpo de mujeres– y, según la informante, frente a preguntas concretas se daban respuestas cortas y clausurantes.

A esta sumatoria de dificultades es preciso incorporar cierta sensación de incomodidad que nos provocaba la realización de entrevistas. En parte porque tomábamos en consideración los prejuicios de las *porterías*, y en parte por los nuestros, acabamos sintiendo que la realización de entrevistas implicaba un beneficio de las investigadoras que no era retribuido concreta e inmediatamente, al tiempo que significaba una interrupción en la cotidianeidad de los entrevistados donde sentíamos que molestábamos.

Estas consideraciones hicieron de las técnicas, como se anticipó, objeto de reflexión constante, lo que permitió desandar ciertos supuestos en torno al hacer de la investigación que hoy, a posteriori, reconocemos como prenociones. Concretamente, revisamos la función de la entrevista como técnica de recolección de datos “por excelencia” para acceder a los sentidos de los actores mediante información de primera mano.

En esta dirección, si bien nuestros proyectos preveían la realización de observación participante y entrevistas, suponíamos que estas últimas serían las que nos brindarían una información “más sólida”. Esta confianza derivaba de entender la entrevista como una de las herramientas más poderosas para la investigación cualitativa. En este sentido, siguiendo a Ruiz Olabuénaga (1999), para comprender por qué las personas actúan como actúan, para entender el sentido que dan a sus actos y la forma que tienen de ver el mundo, la vía más adecuada es la entrevista en tanto permite acceder a información que sin la mediación del entrevistador y el desarrollo de una interacción personal entre éste y el entrevistado, no podría obtenerse.

Sin embargo, las dificultades expuestas hicieron que redescubriéramos el valor de la observación participante como técnica de recolección y la resignificación de las conversaciones informales con una modalidad de entrevista (Guber, 2011). Es así que éstas cobraron un valor particular, por lo que comenzamos a buscar intencionalmente este tipo de diálogos en función de alguna dimensión pensada con anterioridad.

Por su parte, la observación participante implica, tal como lo plantea Guber (2011) la presencia del investigador en los hechos de la vida cotidiana; en este caso, tomar mate, jugar, acompañar a lavar, pintar, servir la merienda. Esto presenta la ventaja no sólo de amenizar las situaciones de intercambio, sino también de dar un contexto de sentido a la información recogida con entrevistas, anclado en las prácticas y charlas cotidianas e informales y, por lo tanto espontáneas. El investigador inevitablemente participa buscando el equilibrio entre mantener distancia e involucrarse al mismo tiempo. Teniendo en cuenta nuestro espacio de inserción encontramos que esto último significó una dificultad en nuestra experiencia. El trabajo con niños y jóvenes de entre dos y quince años de edad (quienes asistían al espacio de recreación) resultó ser muy demandante: escuchar historias, contener, limpiar mocos, jugar al fútbol, cargar a más de 4 chicos, saltar la soga, armar muñecos, separar peleas, recibir patadas. Esto provocó que muchas veces la observación estuviera en un segundo plano, dado que nuestros roles de investigadoras se diluían en las urgencias del contexto y en nuestra necesidad de contener. Como parte de la planificación tentativa de la observación solíamos tener presente qué situaciones y a quienes prestar atención, sin embargo, dada la dinámica descrita estas intenciones acabaron más de una vez relegadas para futuros encuentros.

En suma, creemos que es preciso destacar el lugar central que tiene “el estar” en el campo para seleccionar la técnica más apropiada de relevamiento de información según la población u objeto que se quiera investigar. Reconociendo que estas conclusiones son parte del bagaje metodológico de todo investigador, consideramos que resultan inteligibles una vez que se ha transitado la experiencia de campo, y forman parte de las reflexiones que se deben los investigadores cada vez que se enfrentan a un nuevo sujeto/ objeto de estudio en tanto que cada campo presentará sus propios desafíos.

III- Nosotras en coordenadas sociales

Todo proceso de investigación supone la relación entre los sujetos de investigación y el sujeto investigador. Esta se encuentra atravesada por las subjetividades de unos y otros que repercuten en el vínculo y el paso del

investigador por el campo. Por esta razón, siguiendo a Guber (2011) es preciso poner en evidencia las coordenadas sociales de, en este caso, las investigadoras en tanto mujeres, de clase media, blancas, jóvenes. Proponemos desandar estas coordenadas y su relación con la construcción de resultados desde los dos puntos de vista -que si bien en la práctica no están escindidos a los fines de este trabajo lo haremos- por un lado nuestra percepción, prejuicios, emociones y por otro lado, la imagen que los habitantes del barrio manifestaban tener sobre nosotras.

¿Qué nos implicaba ser nosotras: mujeres-blancas-jóvenes-clase media?

Al repasar nuestra experiencia a la luz de los condicionamientos que nos significó el ser *extranjeras* (Guber, 2004) con estas características, el dato más evidente lo encontramos en la circunscripción de los horarios y lugares de circulación que nos planteamos. Si bien el espacio de recreación tenía un horario diurno, prestábamos especial atención a la hora para evitar que se nos hiciera de noche. Además, intentábamos ir acompañadas al barrio, y cuando no era posible nos generaba miedo e incomodidad. En estos casos, recurriamos a la estrategia de ubicar “una cara conocida” que se nos representaba como una “garantía de seguridad”, una especie de “tarjeta verde” que nos posibilitaba la circulación por el barrio.

En línea con lo anterior, evitamos circular por algunos espacios porque los habíamos reconocidos como lugares de encuentro de varones adultos, puntualmente un taller mecánico y una placita donde se juega al fútbol, cuyas miradas, silbidos y comentarios nos generaban incomodidad al pasar. Esto era alimentado por relatos de referentes del barrio acerca de situaciones delictivas que involucraban tanto a varones como a mujeres, pero que sin embargo, respondiendo a nuestros prejuicios de clase y género, nos provocaba mayor temor hacia los hombres. Como consecuencia de esto, mantuvimos contacto en mayor medida con mujeres adultas, niños, y adolescentes mujeres, dando lugar a una visión del barrio que consideramos sesgada en estos términos.

Por otra parte, el compartir con otras mujeres nos hizo desandar prejuicios en relación con la maternidad adolescente. Lejos de aquellas ideas previas de que no había una elección del embarazo, y la consecuente victimización y

restricción de la agencia de las jóvenes madres, nos encontramos con que ellas, en la mayor parte de los casos, elegían la maternidad por distintos motivos, permeados sí por un contexto. Una opinión recurrente de las jóvenes, a modo ilustrativo, era que al tener hijos las chicas podían irse de su casa, empezar su propia familia y a tomar decisiones por fuera de las lógicas familiares del hogar de origen.

Consideramos que muchas de las sensaciones que nos afloraban en los vínculos durante el trabajo de campo se relacionaban con prejuicios y presupuestos fuertemente arraigados a pesar de tratarse de cuestiones frecuentemente discutidas y desnaturalizadas en otros momentos de nuestra biografía. Un ejemplo ilustrativo de ello se encuentra en el siguiente acontecimiento: una tarde sobre el final de la jornada, nos encontramos con dos madres y una niña. La conversación circulaba sobre temas en torno a actividades recreativas que pudieran hacerse el fin de semana. Una de nosotras sugirió ir a ver la muestra de baile que iba a hacerse en un comedor cercano donde, entre otras, participaba la niña presente. Las madres al unísono comenzaron a reírse y hablar despectivamente de la coreografía y las habilidades de las bailarinas diciendo puntualmente “*bailan para el culo*” (mujer, 23 años). Nosotras percibimos cierta incomodidad en la niña. Toda la situación se nos tradujo en malestar y comenzamos a intentar suavizar los comentarios de nuestras interlocutoras “*Ana no seas mala, no bailan tan mal, si yo las vi*” (investigadora A). Una vez en el Sur 19 pensamos sobre lo sucedido y nos preguntamos si nuestro malestar no respondía al imaginario de infancia que acarreábamos, no necesariamente traspoleable a los vínculos en el barrio. De la misma manera nos encontramos reflexionando sobre la violencia, el cuidado de la estética, la relación con el tiempo y las supuestas etapas de la vida, el vínculo con la policía, los límites entre lo público y lo privado.

A partir de lo anterior, volvemos a reforzar la importancia de la experiencia en el campo para, en este caso, poder poner en práctica aquello aprendido para volverlo aprehendido. Nos referimos a discursos que creíamos desnaturalizados pero que sin embargo aparecieron como prejuicios. Esto nos lleva a poner en el tapete dos cuestiones: la primera es que el investigador no sabe con anterioridad qué prejuicios acarrea respecto de cualquier población,

de ahí que sea necesario el encuentro con el otro. La segunda es que el investigador no debería juzgarse por tener prejuicios o dejarse llevar por sensaciones, ya que estos forman parte del modo de todo sujeto de conocer la realidad, sino que el rasgo distintivo del investigador tiene que estar justamente en la necesidad de explicitarlos para el control de la propia reflexividad (Guber, 2011). En este sentido, creemos de suma relevancia no dejar de reforzar la necesidad de dar especial lugar a las notas de campo, a la reflexión sobre las propias sensaciones y sentimientos del investigador en tanto esto no solo arroja una gran información sobre los preconceptos sino que hace a la construcción de resultados.

¿Cómo consideramos que nos vieron?

Pasemos ahora a la imagen que los sujetos de estudio daban cuenta que tenían sobre nosotras. En primer lugar, el hecho de ser mujeres asociadas con el cuidado de los niños del barrio nos confirió cierto prestigio y resguardo. Al ser esta una actividad valorada, en un espacio legitimado, el ser “seños” nos abrió las puertas, y acortó las distancias que implicaban nuestras coordenadas sociales en tanto nos evidenciaban *extranjeras*.

A su vez, la condición de género dio lugar a la empatía con otras mujeres, evidenciada en la fluidez para tratar algunos temas asociados comúnmente a la feminidad como la estética, las relaciones amorosas, los problemas de familia, las tareas domésticas. Al mismo tiempo reiteradamente, se nos interpelaba por ser mujeres y no madres, cuestionaban con sorpresa cómo a nuestra edad todavía no teníamos hijos, pareja, o no nos “habíamos juntado”.

En el caso de una de las investigaciones, la visión que ellas tenían sobre nosotras fue de gran utilidad ya que daba lugar a comentarios en forma de espejo invertido, que brindaban una rica información: *vos pareces más joven, vos sos blanca, vos sos flaca, vos sos diferente, vos usas ropa floja, te quedaba mejor el pelo largo, ahora te queda mejor que estás rubia*.

Ahora bien, si ser mujeres establecía puentes, pertenecer a otro sector social marcaba una distancia que se explicitaba de diferentes modos, donde subyacía la idea de “*vos no sabes lo que es ser pobre*” (varón, 15 años).

Hubo varias oportunidades en que, como el caso citado, se hacía notar las diferencias o el estar “fuera de lugar”, que dejaban en claro los límites de la relación.

En el caso de los varones adolescentes, los vínculos establecidos implicaron un desafío constante y un equilibrio más inestable. La *perplejidad inicial* (Guber; 2011), en estos casos se tradujo en una tensión en donde se señalaba reiteradamente el carácter extranjero de las investigadoras con respecto al barrio. Un ejemplo concreto de esta dificultad se encuentra en las numerosas charlas informales que se sostuvieron, donde se describían a sí mismos y a su prácticas con alusiones a su relación con el delito, “estar duros”, drogarse en la escuela, fumar, expresiones como “mira que te lo robo y me voy”, entre otras. Más allá del interés que estos episodios contenían a los fines de las investigaciones, los interpretamos, en gran parte, como intentos de provocación para ver hasta donde escuchábamos sin escandalizarnos, como si se estuviera poniendo a prueba nuestra presencia. Si bien estos temas pueden tener un anclaje en su cotidianeidad, consideramos, al menos a modo de hipótesis, que estaba presente un componente de apropiación del estigma, de ese lugar de delincuente y drogadicto donde estos jóvenes son ubicados por los discursos hegemónicos y que ellos mismos buscan reforzar ante *extranjeros* a modo de medir límites. Más aún cuando, en este caso, nosotras aparecíamos como símbolo de dicho discurso hegemónico en tanto mujeres universitarias de clase media y tez clara. Esto último se reflejaba en comentarios –tanto de varones y mujeres- como “*seguro que tu casa es re grande*” (mujer, 9 años), “*mirá que no vas a tener auto vos, lo debes esconder más lejos*” (varón, 14 años).

Es interesante sumar al análisis estas situaciones, que muchas veces se escapan en el fluir del “estar en el barrio” porque hablan de los sentidos de los sujetos de investigación. En nuestras propias experiencias, trabajar con cómo ellos nos vieron nos brindó información en general, nos permitió reformular los vínculos a medida que transcurrían los encuentros y ha puesto en jaque nuestra capacidad de sobrellevar interpelaciones como las citadas. Por otra parte, la distancia, tal como hemos mencionado, puede representar, según la pregunta de estudio, una dificultad a sortear o un elemento a capitalizar en función de los objetivos de la investigación. En cualquier caso, estas

reflexiones vuelven a poner en cuestión la necesidad de trabajar con la subjetividad del investigador, ahora incorporando qué es lo que su presencia – según género, edad y clase- provoca en la población.

Reflexiones finales

Si bien toda investigación supone un ejercicio permanente de reflexividad, el modo en que cada investigador transita dicho proceso se da de manera particular. En nuestro caso estuvo ligado al lugar que tuvieron las porteras como reguladoras de nuestra acción, lo que nos forzó a pensar nuevas estrategias de trabajo.

En este marco, encontramos que la elección de las técnicas de recolección así como su desarrollo están condicionadas por la población y los límites que ésta establezca, tanto o más que por los objetivos del trabajo.

Por otra parte, así como los sujetos de investigación poseen una visión del mundo que se busca conocer, nosotras como investigadoras también contamos con una. Tener esto presente no solamente implica rever con anterioridad los preconceptos que uno supone tener respecto del campo, sino también esperar –lo que supone una actitud abierta- que en el encuentro con el otro se hagan visibles nuevos prejuicios que no pudimos prever.

Ahora bien, trabajar con la subjetividad del investigador no solamente se vincula con la revisión de los prejuicios, sino también con otorgarle un lugar a las sensaciones e incluso a aquello que el investigador no puede controlar – aunque sí incidir- como la imagen que la población se forma de él a partir de su clase, género y edad. Dicho de otra manera, tener en consideración el vínculo entre “investigador e investigados” como parte constitutiva de la construcción del conocimiento.

Lo que subyace a estas reflexiones es la suposición de que el conocimiento es producto de la relación que se establece en el trabajo de campo entre el investigador, en sus caracteres, y el sujeto de investigación, en los suyos. Esto sin desconocer que la perspectiva del investigador estará permeada por las teorías y el conocimiento del que parte.

La reflexividad, pues, no debe ser un acto que se cumple de una vez y para siempre en cada investigación, sino que debe ser un proceso que acompañe al investigador a lo largo de todo su paso por el campo y en donde se deje interpelar subjetivamente, haciéndolo explícito para poder trabajar con ello.

Bibliografía

Bourdieu, P y Wacquant, L. (2008). *Una invitación a la sociología reflexiva*. SigloXXI. Buenos Aires.

Guber, R. (2004). *El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Paidós. Buenos Aires.

----- (2011). *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Siglo Veintiuno editores. Buenos Aires.

Hammersley M. y Atkinson, P. (1994). *Etnografía: Métodos de investigación*. Paidós. Barcelona.

Marradi, A, Archenti, N y Piovani J. (2007). *Metodología de las ciencias sociales*. Emecé. Buenos Aires.

Merklen, Denis (2005) *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina, 1983- 2003)*. Gorla. Buenos Aires.

----- (1997) "Un pobre es un pobre. La sociabilidad en el barrio, entre las condiciones y las prácticas" *Revista Sociedad* Nro. 11. Buenos Aires, pp. 21-64. Versión online <http://www.margen.org/social/merklen.html>

Ruiz Olabuénaga, J. (1999). *Metodología de la investigación cualitativa*. Universidad de Deusto. Bilbao.

Taylor, S y Bogdan, R. (2008) *Introducción a los métodos cualitativos de investigación: La búsqueda de significados*. Paidós. Barcelona.

Svampa (2006) *La sociedad excluyente*. Taurus. Buenos Aires.

